Volver

Cien Veces Mejor... Que el Dinero

La historia de Wilhelm Gottwaldt se encuentra en el libro:
Beate Wilder-Smith, “The Day Nazi Germany Died”,
T.W.F.T. Publishers, Costa Mesa, California, USA, 1990.

© 2001, Asociación AMOS 5:24, (Enero 24, 2001) www.amos524.org
Gonzalitos 210-B Norte, Colonia Vista Hermosa, Monterrey, NL CP64620 MEXICO
Se puede copiar para distribución gratuita.

Cien Veces Mejor Que El Dinero

¿Necesitas dinero? ¿No puedes pagar lo que debes? ¿Piensas que la solución para tu vida es violar la ley? Muchos han pensado así, y ya están en la prisión. Otros han pensado así, y a través de las mentiras, se han hecho dueños de grandes fortunas, pero ¿qué esperanza tienen de la vida eterna? Un día perderán todo lo que han ganado, y por haber vivido de las mentiras, serán trasladados a las prisiones eternas. La Biblia dice: "No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará." (Gálatas 6:7.) La solución para tu vida no es por ahí.

¿Quieres prosperar? ¿Quieres poseer más? ¿Piensas que la solución para tu vida sería trabajar horas extras y hasta dos turnos por día? ¿Crees que la prosperidad se halla en los estudios, títulos y en los empleos lucrativos? ¿O en hacer grandes negocios? Muchos han pensado así, y ya están paralizados en el hospital. Su dinero no pudo protegerles de una enfermedad incurable. Otros han logrado grandes riquezas, pero sus propios hijos no los respetan ni los visitan. Para ganar tanto dinero se han alejado de sus familias, y sus familias de ellos. Jesús dijo: "Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee." (Lucas 12:15.) La solución para tu vida no consiste en muchas posesiones ni dinero. Cristo dijo que no es por ahí.

¿Quieres buscar pastos más verdes? ¿Piensas en irte a otro lugar a donde pagan más, o a donde llueve más? Muchos han pensado así, y perdieron lo poquito que tenían. En el camino se accidentaron o fueron asaltados. Otros invirtieron en nuevos negocios, pero fracasaron. Otros se hicieron de grandes riquezas, pero ahora tienen miedo de salir a la calle por miedo a los secuestradores. Dios dice: "No te afanes por hacerte rico; Sé prudente, y desiste. ¿Has de poner tus ojos en las riquezas, siendo ningunas? Porque se harán alas como alas de águila, y volarán al cielo." (Proverbios 23: 4-5.) Dios está diciendo que la solución para tu vida no es ganar más dinero. No es por ahí.

Realmente, el que busca mucho dinero no puede buscar a Dios al mismo tiempo. Pues Dios advierte:

> "Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas." (Mateo 6:24.)

También dice:

> "Estos son los que fueron sembrados entre espinos: los que oyen la palabra, pero los afanes de este siglo, y el engaño de las riquezas, y las codicias de otras cosas, entran y ahogan la palabra, y se hace infructuosa." (Marcos 4: 18-19.)

¿Pero crees que esas palabras solamente se refieren a otros, y no a ti?¿Crees que solamente *otros* se afanan por buscar el dinero, y tú no te afanas? ¿Piensas que tú, por no ser tan rico como los demás, podrás buscar los pastos verdes y a Dios al mismo tiempo? ¿O crees que los que menosprecian a Dios por seguir las riquezas son nada más los que tienen de un millón de dólares para arriba? No, mi amigo. Deja ese error de creer que ese versículo no se refiere a ti porque no eres millonario. Jesús estaba refiriéndose tanto a los pobres como a los ricos. A veces los que tienen deudas se afanan más que los que tienen dinero.

No te consueles con pensar que esos versículos no se aplican en tu caso. ¿Te crees más sabio que el Hijo de Dios? Tú que ni siquiera puedes evitar la muerte, ¿te atreves a discutir con el que venció la muerte? ¿Sabes más acerca de los peligros de la vida que él? Al fin entenderás que no eres más que polvo, y que hay un Creador eterno que hizo los cielos con entendimiento, en cuya mano está tu vida, delante de quien están todos tus caminos, y quien quiere salvarte de los errores que estás cometiendo. Has puesto la mira en el dinero, y has pensado que la solución sería buscar más billetes, pero no es por ahí.

Muchos saben que hay un Dios todopoderoso, pero no entienden cómo servir a Dios en vez de servir a las riquezas. Se trata de buscar la ayuda de Dios en vez de la ayuda del dinero.

En primer lugar, Dios está ahí donde tú estás. Así que no tienes que violar las leyes, ni irte lejos para buscar los pastos verdes. Pues Dios no está lejos de ti, y él no necesita que vayas a otro lugar para que te ayude. El te dará pastos verdes ahí donde tú estás, si estás dispuesto a vivir la vida que él manda de ti. Y si no estás dispuesto, seguirás el camino espacioso que termina en la destrucción eterna. Cristo dijo: "Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella." (Mateo 7:13.) *Muchos* siguen la voz de los hombres y rechazan la voz de Dios. Tienen más fe en los hombres que en Dios, y esa actitud nunca puede agradar a Dios.

Dios nunca dijo el dicho falso: "Ayúdate, que yo te ayudaré." La Biblia nunca dice tal cosa. Más bien, si tú buscas tu propio bien, Dios te dirá, "Ayúdate, que tú te ayudarás." Pero si quieres que Dios te ayude, deja de buscar tu propio bien, y busca el bien de los necesitados. Esa actitud de olvidarte de ti mismo y ver por el bien de los demás es la "puerta estrecha" que Cristo nos mostró con su propio ejemplo. Y si no haces caso, y sigues buscando tu propio bien, vas a continuar tu camino hacia la perdición de tu alma.

Cristo Jesús nos mostró cómo servir a Dios en vez de servir a las riquezas. El dejó su posición altísima en la gloria y se bajó para tomar forma humana. Siendo hombre, se humilló para servir a todos, y al fin tomó una cruz para llevar sobre sí la sentencia de muerte que merecen los pecadores. El dijo:

> "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará. Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?" (Mateo 16: 24-26.)

Con estas palabras Cristo nos aconseja a seguir el ejemplo que él mismo vivió en este mundo: es decir, a "perder" en vez de "ganar", y a "dar" en vez de "recibir". El se hizo pobre en vez de

hacerse rico, y de esta manera pudo ayudar a muchos. Si puedes ver esa luz, síguela. Por ahí es.

El afán viene del deseo de ganar, de guardar lo que uno ganó, y de poseer más y más. Jesús no vivió así. El se despojó a sí mismo y se hizo más pobre para enriquecer a otros. Los apóstoles hicieron lo mismo. Los cristianos de la iglesia primitiva hicieron lo mismo, vendiendo sus posesiones para ayudar a los necesitados. Por ahí es el camino angosto que lleva a la vida eterna. Jesús es el camino, y la manera en que él vivió es el camino que tenemos que seguir. Si no lo seguimos, será imposible llegar al Padre. Si no nos negamos a nosotros mismos, perderemos la vida eterna.

Muchos cristianos quieren irse a buscar pastos más verdes, pero Cristo quiso venir a buscar pastos más secos. Muchos creen que la vida cristiana consiste en ser prosperados con más posesiones, pero Cristo perdió todo. Pedro perdió todo. Pablo perdió todo. Esteban perdió la vida. ¿Y tú, amigo, piensas en hacerte millonario? ¿Piensas que es un tiempo para comprar casas más lujosas y carros del año? Arrepiéntete, pues tal vez eres "enemigo de la cruz de Cristo". Tal vez eres tropiezo para los perdidos, pues en vez de ver en ti el sacrificio de Cristo, ellos ven la actitud del que vendió a su maestro porque quería más dinero.

Judas tenía el "ojo maligno". Cristo explicó lo que es el "ojo maligno":

> "La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?" (Mateo 6: 22-23.)

En el contexto de ese capítulo, el "ojo maligno" es el que piensa en sí mismo y quiere hacer tesoros sobre la tierra. El "ojo bueno" es el que piensa en ayudar a otros. El ojo maligno mira con sospecha, temor y envidia a los demás, porque piensa que le van a quitar algo. El "ojo bueno" mira con misericordia y amor a los

demás, buscando una manera de servirles y compartir con ellos.

La medida que usamos para compartir con otros es la medida que Dios usará para compartir con nosotros. Cristo dijo:

> "Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir." (Lucas 6:38.)

Por lo tanto, el que riega generosamente también será regado generosamente. El que da abundantemente al necesitado, también recibirá abundante ayuda en su hora de necesidad. Dios dice:

> Bienaventurado el que piensa en el pobre; en el día malo lo librará Jehová. Jehová lo guardará, y le dará vida; será bienaventurado en la tierra, Y no lo entregarás a la voluntad de sus enemigos. Jehová lo sustentará sobre el lecho del dolor; mullirás toda su cama en su enfermedad. (Salmo 41: 1-3.)

Estaba recién casado, cuando me visitó un vendedor de seguros, y me presentó los diferentes tipos de pólizas que su compañía ofrecía. Y me preguntó, "Tiene usted en la actualidad algún tipo de seguro?" Yo le mostré que únicamente contaba con la promesa del Salmo 41:1-3 (arriba). Le expliqué que si usamos el dinero para ayudar al necesitado (en vez de pagarlo a una compañía que vale millones de dólares), entonces Dios nos protegerá en la hora de necesidad. El vendedor me preguntó, "¿Pero cree usted que eso es cierto?" Le dije que sí lo creía. Inmediatamente cerró sus libros, y dijo con voz muy cortés y calmada, "Si eso realmente funciona, usted no necesita esto." Se despidió y se fue.

Eso fue en el año 1972, y ahora, después de 28 años y diez hijos, puedo ver que Dios ha guardado su promesa. En nuestra hora de necesidad, Dios siempre ha estado ahí. En medio de las enfermedades, en medio de los partos difíciles, en medio de accidentes en la carretera, en medio de las caídas y los golpes que sufren los niños, en medio de los piquetes de alacrán, en medio de los que intentan matar con balazos, en medio de las falsas acusaciones, en

medio de no recibir un sueldo, en medio de tener que proveer para una esposa y diez hijos, en medio de todo... Dios ha estado ahí. Y si Dios con nosotros, ¿quién contra nosotros? Pero tenemos que perder nuestra propia seguridad si queremos que Dios sea nuestra seguridad. No se puede servir a Dios y a las riquezas.

El temor es normal. Cuando Jesús dijo a un joven que diera toda su riqueza a los pobres, no pudo hacerlo por temor de fracasar. En otra ocasión Pedro tuvo temor de las olas y el viento, y empezó a hundirse en el mar. Todos tenían temor de Goliat. Y también esto de perder nuestra seguridad terrenal nos asusta. Sin embargo, el que quiere salvar su vida, la perderá, y el que pierde su vida por causa de Cristo, éste la salvará.

El seguir a Cristo implica ser dadivosos. Es una parte importante de la vida de todo discípulo verdadero. Pero no es la única parte. El asaltante dadivoso no debe esperar recibir las bendiciones de Dios. Si en otra área de nuestra vida no estamos dispuestos a seguir la voluntad de Dios, el ser dadivoso no nos salvará de la condenación. Si el hombre piensa que puede ser dadivoso para obtener el perdón de sus otros pecados, está muy equivocado. Igualmente, el discípulo que no quiere ser dadivoso no debe consolarse en que en las otras áreas está obedeciendo a Dios.

La manera de dar a los necesitados es importante también. Unos dan mucho, pero no por amor, sino para recibir algún beneficio:

> "Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve." (1 Corintios 13:3.)

Se puede dar de comer a los pobres para beneficio propio, no para el beneficio de ellos. A veces los religiosos dan mucho, pero no por amor. Jesús nos advirtió acerca de esa manera egoísta de "dar":

> "Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os

> digo que ya tienen su recompensa. Mas cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público." (Mateo 6: 2-4.)

A veces los candidatos políticos dan muchos regalos con el fin de que voten por ellos. A veces los jóvenes dan mucho para impresionar a las señoritas. A veces los agentes de ventas dan mucho para promover sus ventas. Jesús dijo que ellos "ya tienen su recompensa". Jesús no esperó recibir nada de los hombres, sino de Dios su Padre.

El que da sinceramente, de buen corazón, para agradar al Señor y no a los hombres, va a recibir una recompensa tan grande que no tiene comparación. Pedro y los apóstoles habían perdido todo para seguir a Jesús, y un día Pedro le preguntó:

> "He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido. Respondió Jesús y dijo: De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna. Pero muchos primeros serán postreros, y los postreros, primeros." (Marcos 10: 28-31.)

Quiero que se fijen en las palabras "cien veces". Cien veces se convierte en diez mil por ciento de ganancia. Una inversión que paga diez por ciento por año se considera buena, pero Cristo está garantizando mil veces más que eso. Es más, Cristo explicó que "no hay ninguno" que no vaya a recibir esa ganancia si pierde algo por causa de Cristo y del mensaje del evangelio.

Ahora vamos a convertir esto en números que podamos entender. El campesino que sigue el dicho "ayúdate, que yo te ayudaré" va a salir con su hacha y burro para traer una carga de leña. Corta la leña y la trae a su casa. De acuerdo al dicho, ¿cuánto le

ayudó Dios? Pues le ayudó con el valor de una carga de leña.

Por el otro lado, si el campesino sigue el versículo de Marcos 10:28-31, va a salir con su hacha y burro y va a traer leña para una pobre viuda. Por amor a Cristo va a seguir el ejemplo del Hijo de Dios y perder esa carga de leña. ¿Y qué promete el Señor? Que va a recibir cien cargas de leña en este tiempo. Muchas de esas cargas van a ser un patrimonio para sus hijos. "A Jehová presta el que da al pobre, Y el bien que ha hecho, se lo volverá a pagar." (Proverbios 19:17.)

Hoy día muchos dicen, "No hay trabajo. Tengo que irme al norte porque no hay trabajo aquí." Los que piensan así no entienden que recibir la bendición de Dios vale cien veces más que recibir el dinero. Siempre hay trabajo. Siempre hay trabajo allí donde tú vives. Siempre hay trabajo porque alguien necesita tu ayuda. Tal vez no te pueden pagar dinero, pero tú puedes trabajar. En vez de decir, "No hay trabajo," debes decir, "Nadie me paga por trabajar." Trabajo hay mucho. Ponte a trabajar ayudando a tu prójimo.

No debemos mirar a cada persona como una fuente de dinero. El Señor no vino para ganar dinero, sino para servir. El andaba trabajando, y nadie le pagaba dinero. Lo hacía de todo corazón, como para su Padre Celestial, y su Padre le sostenía. Así debe ser la vida de cada discípulo que va siguiendo las pisadas del Maestro. Jesús dijo: "Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará..." (Juan 6:27.) Pablo dijo: "El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad." (Efesios 4:28.) Debemos trabajar no para tener mucho, sino para "compartir con el que padece necesidad".

En vez de ver a cada persona como alguien que nos va a pagar dinero, debemos ver a cada persona como alguien a quien podemos servir para beneficio suyo. Esto es la "ley de Cristo". Los que viven así están buscando el reino de Dios, y su recompensa viene de arriba. Si trabajas con esta actitud, no es malo recibir un sueldo de tu patrón, porque tú interés no es el dinero, sino darle

un buen servicio a tu patrón.

¿Has considerado si el trabajo de tu patrón es realmente justo? Es mejor ganar poco dinero por hacer un trabajo honesto, que ganar mucho dinero por vender cosas malas. Lo importante no es la cantidad de dinero que ganas; es la cantidad de servicio honesto que provees. Si tu servicio es agradable a Dios, él te garantiza cien veces más en este mundo. Jesús dijo:

> "No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas." (Mateo 6: 31-33.)

En aquel tiempo me dijo el vendedor de seguros: "Pero *cree* usted que eso es cierto? Si eso realmente funciona, usted no necesita esto." Amigos, si lo dicho por Jesús es cierto, no tienes que buscar los pastos verdes y los títulos de universidad y los sueldos altos y los grandes negocios. Nada más necesitas buscar a tu prójimo necesitado y ayudarle en secreto.

Un Hombre Que Recibió Cien Veces Más

Los años antes de la Segunda Guerra Mundial eran tiempos difíciles en Alemania. En 1929 había mucha miseria, especialmente en las ciudades. Millones de personas no tenían trabajo, y sufrían de hambre y frío, viviendo en sótanos, escombros y terrenos baldíos. Muchos morían. Otros tenían enfermedades a causa de la malnutrición y las condiciones sucias en que vivían. Había mucho crimen. Los que sufren tanto empiezan a sentir amargura, frustración y rebelión. Muchos estaban creyendo las doctrinas del comunismo como una esperanza para una existencia mejor.

A través de estos años tristes y duros, Wilhelm Gottwaldt era un ministro luterano en uno de los barrios más pobres de

Berlín, la capital de Alemania. Muchas noches no podía dormir porque estaba ayudando a la gente necesitada. El sabía que esa gente desesperada y agresiva necesitaba ayuda, tanto espiritual como material. El oraba por ellos y también hacía lo que podía por ellos. Su primer proyecto era abrir una cocina para darles comida a los que no tenían trabajo y a sus familias. Al mismo tiempo, les predicaba un corto mensaje de la Biblia. Los cristianos que tenían trabajo daban el dinero para comprar los alimentos.

Wilhelm Gottwaldt
después de la guerra

En seguida, el ministro Gottwaldt comenzó a visitar a todas las familias de su parroquia, casa por casa, subiendo y bajando las escaleras en los departamentos, encontrando a la gente apiñada en cuartos sin calefacción, llenos de trapos, sin luz ni ventanas. En esos lugares húmedos se contagiaban rápidamente las enfermedades, y todo era sucio. Gradualmente el amor de este siervo de Dios ganó la confianza de la gente. Ellos le contaban sus problemas, sus quejas, sus necesidades y sus temores. Para ayudarles a encontrar trabajo, lugares donde vivir, dinero y medicina, andaba de oficina en oficina, pidiendo ayuda del gobierno y de los ricos. Predicaba a la iglesia acerca de su responsabilidad de ayudar. Les contó a los cristianos acerca de las necesidades de los pobres, para que ellos pudieran participar en la bendición de compartir con ellos. Jesús

dijo: “Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí... De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.” (Mateo 25: 35-36,40.)

La esposa del hermano Gottwaldt le acompañaba muchas veces en sus visitas. Ella tenía un corazón amigable y benigno, abierto y listo para ayudar a todos los que sufrían o estaban deprimidos. Con el tiempo esta pareja llegó a ser tan respetada por los pobres que ninguno se hubiera atrevido a hacerles mal. Durante esos años terribles, aun los policías tenían miedo de arriesgar sus vidas al entrar en los edificios de esos sectores miserables de Berlín. Si ellos querían hablar con alguien, lo llamaban desde la calle o enviaban un grupo grande de policías armados. A menudo la gente violenta los atacaba.

Pero el hermano Gottwaldt entraba dondequiera, en los lugares más oscuros y solitarios, y nunca fue molestado. Visitaba regularmente a un pobre inválido que había sufrido de tuberculosis por muchos años. Ese hombre había yacido en un cuarto sin luz ni ventanas, en un sótano húmedo y enmohecido. Un trapo grande le servía de puerta. Ahí se quedaba día tras día, noche tras noche, sin casi ninguna visita. Solamente un vecino le daba algo de comer cada mañana. El hermano Gottwaldt bajaba la escalera al sótano, palpando en la oscuridad para hallar la entrada, y ahí encontraba la mano de su amigo enflaquecido y tosiendo. Este hombre, siempre acostado, esperaba sus visitas cada día, y escuchaba con mucha hambre sus palabras de simpatía, amor y consuelo. Llegó a ser cristiano, y después, su vida fue un gran testimonio a otros por su paciencia y carácter cristiano.

La señora de Gottwaldt trataba de ayudar a los pobres al darles pequeños trabajos en la casa, por los cuales les daba comida y dinero. Por mucho tiempo ella empleó a un carpintero de apellido Niemann para reparar los muebles y hacer juguetes para los niños. Después de unos meses el Señor Niemann se convirtió de ser comunista amargado y frustrado en un cristiano bondadoso

y amistoso, llegando a ser un obrero útil para Cristo entre los compañeros comunistas que había tenido antes.

Se puede entender fácilmente por qué, en 1933, cuando Adolfo Hitler prometió trabajo y pan para todos, supuestamente en el nombre de "cristianismo positivo", fue elegido por una mayoría de tres a uno. Hitler prometió que todo cambiaría, que no iba a haber más hambre, que iba a mejorar las condiciones en los barrios, que iba a dar trabajo a todos y que iba a terminar la miseria indescriptible. Prometió hacer de Alemania un país fuerte, unido y respetado otra vez. ¿Y cuál alemán no quería eso?

Hitler, con el partido nazi, inmediatamente empezó a cumplir sus promesas: creó millones de nuevos empleos, construyendo carreteras y armamentos. Parecía un verdadero milagro. A nadie le faltaba el trabajo. Nadie tenía hambre. ¿Pero el precio? Pocos entendían que estaban perdiendo su libertad, y que un dictador cruel estaba tomando las riendas del control sobre toda su existencia. Tanto más prosperaba Hitler, tanto más imposible era evitar la terrible guerra que sus ideas iban a provocar. Cuando Hitler empezó a marcar a los judíos con cintas amarillas en sus brazos, y después a robar sus posesiones y deportarlos a campos de exterminación para matarlos, la mayoría de sus paisanos cooperaron, sin darse cuenta de que la misma piedra que ellos estaban rodando encima de los judíos, iba a volver sobre ellos. El problema es que la gente no piensa más que en vivir una vida más cómoda. Si otros sufren, no les importa.

De 1933 a 1937, el hermano Gottwaldt fue director de un instituto en Alemania oriental que entrenaba a los cristianos para trabajar en los asilos con los ancianos, los inválidos y los retardados mentales. Llegó el día en que Hitler mandó matar a

todos los que tenían deficiencias. Un día designado, a los pacientes del asilo se les dieron varios exámenes. Tenían que resolver problemas de números, escribir lo que les fue dictado, y contestar preguntas. Solamente los que sacaban las mejores calificaciones podían quedarse. Los demás fueron puestos en un tren y llevados a un campamento para ser matados en las cámaras de gas. Cuando los pacientes del asilo tuvieron que salir, y supieron que los iban a matar, unos empezaron a cantar himnos cristianos. Las enfermeras empezaron a llorar porque los amaban, pero los pacientes dijeron, "No lloren por nosotros. Sabemos a dónde vamos: ¡Vamos al Cielo para estar con Jesús!"

Cuando empezó la guerra en 1939, la mayoría de los ministros luteranos tenían que entrar al ejército alemán para dar su servicio militar. El hermano Gottwaldt había estado enfermo del corazón por varios años, y no fue llevado al ejército. Tuvo que pastorear las doce iglesias de esa región. Todos los carros habían sido llevados a la guerra, así que tenía que ir con su esposa e hijos a caballo o en carruaje. A pesar de que los nazis atacaban la Biblia, los campesinos de esa región permanecían fieles a la Biblia. La asistencia en los templos aumentaba, cosa que enfurecía a los nazis. Ellos traían películas a los pueblos y las proyectaba los días domingo, a la misma hora que se hacía la reunión en el templo, pero en vano. Casi nadie iba a las películas. Cincuenta por ciento de la población de las aldeas asistía fielmente a la iglesia. Había mucha hambre por la palabra de Dios, y muchos llegaron a realmente convertirse de su vieja vida a Cristo. Todos los días, por los campos y por las calles, se podía oír a la gente cantar himnos cuando estaban trabajando.

Los Gottwaldt hospedaban a mucha gente en su hogar: unos eran judíos, huyendo de los nazis, y otros eran algunos de los mismos nazis, cuya conciencia ya no podía continuar con las atrocidades que Hitler quería hacer. Ellos buscaban el perdón de Dios por la culpa que sentían de haber matado a tantos inocentes.

Después, cuando Alemania estaba siendo invadida por los rusos, muchos refugiados pasaban por su hogar. Parecía un campamento de vagabundos. Muchos habían sido separados de

sus familiares. Todos buscaban ayuda, consuelo, consejos, amor, comida, una cama, un techo y un lugar para escapar del frío intenso bajo cero.

Los rusos estaban acercándose rápidamente al pueblo de Gollnow donde vivían los Gottwaldt. Esta familia había observado y experimentado la terrible miseria de los refugiados que venían sin interrupción, día y noche, por muchos meses: ancianos, mujeres, niños, enfermos, llevando solo lo que cabía en sus carruajes. Casi no había hombres, porque todos se habían quedado atrás para pelear contra los rusos. Trenes llenos de refugiados pasaban continuamente. Por toda la carretera se veían carruajes descompuestos, caballos muertos, y niños llorando porque habían perdido a sus padres. De vez en cuando aviones rusos ametrallaban a los que huían. La hermana Gottwaldt preparaba caldo para los enfermos. Por supuesto no había mucho que comer durante esos años, pero el Señor nunca abandonó a los Gottwaldt. Siempre tenían algo que comer cada día.

Un soldado joven que estaba asignado a su pueblo, iba a los servicios en el templo. Se sentía muy solo porque no había otros cristianos en su batallón. Le gustaba pasar el tiempo con la familia Gottwaldt. Un día les dijo, “Si un día tienen que huir de aquí, váyanse con mis suegros, que tienen un rancho en Alemania occidental. Ellos les ayudarán.” Les dijo cómo llegar allá.

En marzo 1945, el frente de la batalla llegó al pueblo de los Gottwaldt. Se oía los cañones y las ametralladoras. Gente nerviosa estaba sacando sus cosas de sus casas. Había pura confusión: hombres y mujeres gritando, niños llorando, soldados corriendo y prisioneros siendo llevados. Se proclamó una orden de que los 13 mil habitantes del pueblo tenían que salir porque el ejército iba a ocupar los edificios para pelear. Un camión del ejército levantó a la familia Gottwaldt, pero iba allí un soldado borracho que sacó su pistola cuando supo que el Señor Gottwaldt era ministro cristiano. Se lo apuntó diciendo que lo iba a matar. En ese momento un avión ruso empezó a atacar la columna de refugiados, y todos brincaron del camión para esconderse entre los árboles. Otros soldados le quitaron la pistola a aquel, y lo metieron en la cabina del camión.

En otra aldea tuvieron que bajarse y continuar a pie. El hermano Gottwaldt consoló a sus hijas desanimadas: “Seguramente sabe Dios por qué nos ha dirigido hasta este lugar. Vamos a confiar en él.” Esa noche se quedaron en la casa de unos hermanos desconocidos. Supieron que había una estación de tren allí, pero que no había ya más trenes. De todos modos, por la mañana fueron a la estación. Y ¡he aquí! en el momento preciso en que llegaron a la estación, pasó un tren llevando maquinaria importante: el último tren de todos que iba a pasar. El tren llevaba un solo carro para pasajeros, ¡y estaba vacío! Se subieron, y fueron los únicos pasajeros en el tren cuando había miles de refugiados por todas partes. El tren no iba adonde los Gottwaldt querían ir, pero pronto el oficial del tren les informó que había cambiado el destino del tren, y que ahora iba a continuar en la dirección que ellos querían seguir. Cuando finalmente llegó adonde tenían que bajar, otra vez el oficial les avisó que el destino del tren había cambiado, e iba a seguir hacia el occidente. Esto volvió a suceder varias veces, y cada vez los Gottwaldt pudieron viajar más lejos sin pagar nada. No había boletos ni cobradores. Todo estaba en desorden.

Cuando tuvieron que bajar del tren, todavía quedaba muy lejos el lugar donde vivían los suegros de aquel soldado que les había ofrecido ese pequeño rayo de esperanza. Había muy pocos trenes. Ellos estaban parados ahí en la estación, cuando en ese momento llegó un tren lleno de soldados. Se bajaron de los carros, y el maquinista gritó: “¡Este tren se dirige a Schwerin!” El hermano Gottwaldt exclamó: “¡Es precisamente la dirección a la que queremos ir!” Cerca de su destino se bajaron de ese tren en Soltau. Esa noche, ahí en la estación, les robaron dos maletas que contenían casi todas sus posesiones de más valor. Sin embargo, poco les importaba porque toda la familia estaba unida todavía y habían cruzado cientos de kilómetros del país en un tiempo cuando multitudes de refugiados no podían escapar.

Entre ese pueblito de Soltau y su destino final había una vía de rieles angostos que ya no había funcionado por mucho tiempo. Pero los Gottwaldt habían experimentado tantos milagros

en su huida que fueron a la pequeña estación. Y otra vez, en el momento que llegaron, un solo vagón del correo, con una pequeña máquina, estaba esperando, alistándose para salir. No había hecho su recorrido por muchas semanas, y probablemente nunca iba a hacer otro antes del fin de la guerra. Subieron al tren y llegaron a la aldea de Neuenkirchen, habiendo viajado desde su hogar en Alemania oriental en solamente tres días.

Ahora consideraban cómo proceder, porque no conocían a la familia de aquel soldado, y ellos nos los conocían a ellos. ¿Cómo iban a llegar -- una familia de seis personas -- a su casa? Tal vez ya tenían muchos refugiados ahí porque los hogares de Alemania occidental estaban llenos de refugiados del oriente.

Cuando encontraron la casa, la puerta abrió, y salió un campesino anciano, preguntando, “¿Es usted el Reverendo Gottwaldt?”

“Sí,” contestó el ministro, “pero ¿cómo me conoce usted? No nos hemos conocido antes.”

El anciano dijo, “Anoche mi hija (la esposa del soldado que les había estado visitando en su hogar en Alemania oriental) tuvo un sueño raro. Ella soñó que usted y su familia habían tenido que huir de su hogar, y nos estaba pidiendo asilo. Así que ella preparó su pequeño departamento para ustedes, y todo está listo. ¡Bienvenidos!”

Hay algo que vale cien veces más que el dinero: recibir la bendición de Dios. La familia Gottwaldt había servido a los pobres en su tiempo de necesidad, y ahora Dios se había acordado de ellos en *su* hora de necesidad.

Nuestros Niños Necesitados

Recordemos que nuestros niños son personas necesitadas también, porque el diablo quiere devorarlos, y en cada momento el mundo tiende lazos de tropiezo delante de ellos. Por eso, Jesús y los apóstoles nos mandan a criarlos en la verdad. El tiempo que tú dedicas a proteger, enseñar y corregir a tus hijos es igualmente bendecido por Dios como el tiempo que dedicas a ayudar a los pobres.

Las esposas que salen de su casa para ganar dinero, y tienen que dejar a sus hijos en la guardería, o con parientes no cristianos, o enfrente de la televisión, están cometiendo un grave error. En vez de “servir a Dios”, cuidando a esas preciosas almas que son de él, estas mujeres han escogido “servir a las riquezas”.

Hay algo cien veces mejor que ganar dinero. Esa cosa es seguir a Cristo. Seguir a Cristo significa seguir su manera justa de vivir. Cristo no vino buscando títulos ni negocios. No vino buscando dinero o sueldos. Vino para buscar y salvar a todos los perdidos. No vino para salvar su propia vida y asegurarse con ahorros y seguros. Vino para salir a ayudar a los necesitados con lo que

tenía. Pedro y Pablo hacían lo mismo. Todos perdieron sus vidas. Fueron crucificados por los que sirven a las riquezas. Pero sus pisadas se quedaron bien visibles, grabadas en las páginas del libro que cada año se publican cientos de millones de ejemplares alrededor del mundo en más de mil lenguajes. La puerta estrecha está bien marcada ahí. Cristo nos invita a seguirlo. En seguir a Cristo consiste la verdadera fe que salva el alma. Por ahí es.

Se puede copiar para distribución gratuita.

Volver